



Género irónico / Sexo auténtico¹

Virginia Goldner²

Instituto Derner de Estudios Psicológicos Avanzados, Universidad de Adelphi

El feminismo y el giro postmoderno en el pensamiento han volatilizado la esencia del sentido común del género y la sexualidad. Esto ha sucedido tanto a nivel teórico, como, para muchos, en el género y la sexualidad como experiencias vividas. Pero mientras que el género se ha trasladado al terreno de lo irónico, la sexualidad todavía se mueve en el espacio de lo “auténtico”. En este momento, parece que el género se encuentre situado plenamente en la sensibilidad postmoderna, mientras que la sexualidad todavía oscila entre lo moderno y lo postmoderno. Ahora podemos concebir y experimentar el género como “creado”, en cambio, la sexualidad todavía mantiene la marca de “encontrada”, y a menudo, como demostró Foucault, de “descubierta”.

En un intento de dar cuenta de estas trayectorias distintas, la autora intenta historiar y deconstruir las categorías de género y sexualidad con el objetivo de reflexionar sobre su acción psíquica y de examinar cómo ambas actúan en la mente y la cultura, a veces conjuntamente, y, a veces, la una en contra de la otra.

Palabras clave: ética sexual, feminismo, orientación sexual, género, habilidad psíquica, pensamiento divergente.

Feminism and the postmodern turn have vaporized the commonsense materiality of gender and sexuality, both in theory and, for many, as lived experience. But where gender has moved to the ironic, sexuality still holds the space for the “authentic.” Gender now seems squarely positioned in a postmodern sensibility, but sexuality still veers between the modern and the postmodern. We can conceive and experience gender as being “made,” but sexuality retains the mark of something “found” and often, as Foucault demonstrated, of something “found out.”

In an attempt to account for these divergent trajectories, the author attempts to historicize and deconstruct the categories of gender and sexuality in order to reflect on their modes of psychic action and to consider how they work with, and against, each other in mind and culture.

Key Words: sexual ethics, feminism, sexual orientation, gender, psychic ability, divergent thinking.

English Title: Ironic gender/authentic sex

Cita bibliográfica / Reference citation:

Goldner, V. (2009). Género irónico / Sexo auténtico. *Clinica e Investigación Relacional*, 3 (3): 619-637.

[<http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTAOnline/Volumen33Octubre2009/tabid/645/Default.aspx>] [ISSN 1988-2939]

La masculinidad heterosexual es un ideal en ruinas. Las invenciones teóricas de Freud en beneficio del falo peneano, que se mantienen vivas gracias al apoyo de una banda de euro-lacanianos y unos cuantos “verdaderos creyentes” que han sobrevivido, se consideran ahora una prueba evidente de su homofobia ambivalente, de su misoginia de pacotilla y de sus valores familiares tradicionales. Las feministas contemporáneas, los académicos gays y las académicas lesbianas, los teóricos de la homosexualidad, y muchas generaciones de psicoanalistas que han buscado ideas más válidas sobre el sexo y el género han desacreditado y corregido el monismo fálico de Freud en múltiples ocasiones. Los excelentes resultados de estos trabajos han hecho imposible considerar cualquier forma de género o de sexualidad, ni siquiera una forma psicoanalítica, como dada. En lugar de las retorcidas teleologías del desarrollo y las categorías *esencializadas* de la identidad que borraban o degradaban enormemente la vida psíquica, los nuevos estudios ponen la base a unas teorías que rechazan la inmovilidad y mantienen la densidad de la perspectiva analítica, al mismo tiempo que socavan la infraestructura ideológica de la normatividad, el objetivismo y el biologismo.

No obstante, hay muchas contradicciones implícitas en las visiones contemporáneas del género y la sexualidad y muchos desacuerdos entre ellas. Las visiones modernas y postmodernas coexisten con dificultad, a veces están en tensión reconocida, pero lo que ocurre con más frecuencia es que los contrastes y sus problemáticas ni siquiera estén formulados. La tradición moderna de la teoría feminista, toma el género y la sexualidad como características transhistóricas de la cultura, de la misma manera que el punto de vista moderno dentro del psicoanálisis concibe el sexo y el género como fenómenos psíquicos universales. En cambio, las tradiciones postmodernas, tanto de la teoría feminista como del psicoanálisis, conciben el sexo y el género como emergentes de la historia y la cultura y a lo largo de éstas; y por lo tanto las consideran categorías sociales fluidas y variables.

Muriel Dimen y yo (2002) hemos definido el contraste moderno-postmoderno en la teoría del género como un cambio de la pregunta “¿El género, *qué es?*” a la pregunta “¿El género, *es?*” (pg. xvii). Otra discrepancia distintiva se podría definir señalando la diferencia entre las preguntas “¿Cómo funciona el género?” y “¿Cómo *hacemos funcionar* el género en nosotros?” Tal y como analizaré más adelante, el cambio de paradigma en los estudios de género también ha sido descrito como el paso de teorizar el significado y la acción del género *per se*, a teorizar el significado y la acción de la “Diferencia” en sí misma.

A medida que la teoría homosexual³ desplazó a la teoría feminista en tanto que tradición crítica con la que reconocerse, la categoría moderna fundacional de mi generación, el género, tuvo una segunda oportunidad para decir su verdad bajo el signo de la postmodernidad. La dialéctica modernidad-postmodernidad se refleja en tres metáforas íntimamente relacionadas, elaboradas por miembros de mi propio equipo de “irónicas del género”. Adrienne Harris (1991), siguiendo a Lacan, escribe sobre el género calificándolo de “ficción necesaria”, Jessica Benjamin (1992) llama al género una “apariencia real”, apropiándose de la metáfora marxista, y yo (Goldner, 1991) aterricé en una noción de género que lo equipara a una “verdad falsa”. Estos tres “contrasentidos” se nutren del arte de la ambigüedad, e implican subrepticamente que, aunque el género no es obviamente una identidad ni una esencia del núcleo de la persona, es obviamente una *experiencia* tan nuclear que llega a *constituir* identidad. Puesto en términos axiomáticos, esta perspectiva dicta que no podemos ni *esencializar* el género, ni desmaterializarlo.

Este “axioma” conlleva una tensión crítica que deberíamos mantener, pero que se puede transformar en una paralización oposicional en la que, o bien quedamos sujetos a las crueldades del género, o fascinados por su plasticidad. Esto sucede bien porque seguimos convencidos de que la identidad sexual y el deseo son todavía fenómenos esenciales, o bien porque estamos seguros de que están cargados ideológicamente y son específicos históricamente, pero que no nos dicen nada fundamental acerca de “quiénes somos” como personas.

Estos debates, que fueron determinantes para la teoría del desarrollo de los 90, pierden su interés cuando quedan acotados en estos términos. Pero mientras que los contrastes de la teoría y la cultura popular que ahora me impactan por su validez no entran de manera reduccionista en la división modernidad/postmodernidad, en cambio giran a su *alrededor*, y yo no podría construir mi pensamiento sin recurrir a estas categorías. Por lo tanto, no esperéis aquí rigor ni claridad en relación a estas categorías, porque esta etapa ya está superada.

EL SEXO MODERNO/EL GÉNERO POSTMODERNO

En las últimas décadas del siglo pasado, el feminismo y el giro postmoderno en el pensamiento han volatilizado la esencia del sentido común del género y la sexualidad, tanto en la teoría como, para muchos, en el género y la sexualidad en tanto que experiencias vividas. Como consecuencia de esto, el género, en su mayor parte, se ha trasladado a un registro irónico, mientras que la sexualidad, excepto en los márgenes radicales, todavía habita en el espacio de lo “auténtico”. En otras palabras, el género parece encuadrado en la sensibilidad postmoderna⁴, pero la sexualidad todavía deambula entre la modernidad y la postmodernidad, como siempre ha hecho desde la escisión mental de Freud entre su visión deconstructiva de la sexualidad como un idioma personal y su autoimpuesto papel de Doctor Búrgués, naturalizando el coito heterosexual reproductivo como el objetivo final de la relación sexual y la manifestación final de la madurez.

Muchos comentaristas han reflexionado acerca de cómo el Freud radical (1905), que vino a “estorbar el sueño del mundo”, zarpó en el principio de “Los Tres Ensayos” pero pronto se retiró bajo cubierta en las notas a pie de página, que minaban el discurso hetero-normativo del doctor que emergía en el texto principal (Versan, 1986, Davidson, 1987, May, 1995, Dimen, 1999). Los dos alter-egos continuamente se interrumpían y se rebajaban el uno al otro, un diálogo que el propio Freud siempre sintió como inacabado e insatisfactorio. Cien años más tarde estas diferencias continúan sin solución, pero lo que aún es más importante, las cuestiones subyacentes a estas diferencias continúan sin estar teorizadas.

Evidentemente, las lecturas que hizo Freud del género están llenas de contradicciones. Como ha mostrado Benjamin (1998a), Freud (1925) era capaz de afirmar que la “masculinidad y la feminidad puras son construcciones de sentido incierto” (pg. 258), pero él mismo reconocía que había “utilizado lo que obviamente es una ecuación empírica y convencionalmente inadecuada: llamamos a todo lo que es fuerte y activo masculino, y a todo lo que es débil y pasivo femenino” (Freud, 1940, pg 188). Benjamin demuestra como Freud hace uso repetidamente de las categorías de actividad y pasividad, y también las rechaza, para definir la masculinidad y la feminidad. En un grado más de abstracción, argumenta que el doctor “oscilaba entre la construcción y la deconstrucción de las categorías de género” (pg. 38) y sin embargo no podía ver como este hacer y deshacer era en sí mismo la puesta en escena de la verdad del género como una paradoja epistemológica. No fue

hasta el feminismo psicoanalítico postmoderno que se reformuló el género como una “categoría analítica trascendente, cuya verdad, aunque falsa, era esencial en el pensamiento para construir las categorías fuertemente analíticas que utilizaríamos para deconstruirlo” (Goldner, 1991, pg. 70).

El cambio de paradigma realizado por el giro postmoderno en los estudios psicoanalíticos del género nos ha capacitado e inclinado a mirar a través del género. Sabemos que está, en palabras de Bourdieu y Eagleton (1992) “en todas partes y en ninguna”, y desde luego que no es en absoluto cualquier *cosa* (*anything* at all), excepto quizás un contenedor a todos los efectos de las representaciones de los opuestos binarios, un “campo de fuerzas de dualismos” en la afortunada metáfora de Dimen (1991)⁵.

Del mismo modo que el género ha sido deconstruido en el discurso clínico y en el académico, la articulación del género como artificio también ha sido intensificada en la cultura mediante los incesantes y hiperbólicos significantes del género, en constante proceso de montaje y desmontaje: el pelo, la ropa, la actitud psíquica, la posición corporal, el modo de andar, y, en personas transgénicas y transexuadas, en la verdadera morfología del cuerpo. Estas imágenes incongruentes son testigo de la grieta epistemológica existente entre los significantes del género y su corporalidad significada, grieta que transmite el mensaje que el género puede manejarse como lugar de expresión y de sentido personal.

Por lo tanto, mientras que el género permanece como un aspecto fundacional de la identidad, nosotros, al menos parte del tiempo, lo vivimos “entre comillas” como un lenguaje irónico. Pero la sexualidad todavía nos posee, en la vida y en la teoría, en un sentido mucho más completo que el género: la sexualidad lleva la bandera de lo que tomamos por “auténtico”. Es decir, mientras que ahora podemos concebir y experimentar el género como “creado”, la sexualidad retiene la marca de lo “encontrado”, y a menudo, como demostró Foucault, de lo “descubierto”.

¿Cómo podemos dar cuenta de las trayectorias divergentes del sexo y el género en la vida cultural y mental? Es decir, ¿estos contrastes son “reales”, o son meramente retóricos? A pesar de que ésta no es una cuestión que pudiera prevalecer en un encuadre postmoderno, donde lo real es lo que hacemos significativo, todavía tenemos que establecer, y no meramente afirmar, la validez e implicaciones de esta tesis.

Hay un enfoque, desarrollado por Foucault (1978), que consiste en contrastar lo que llamamos “genealogías” del sexo y del género rastreando como cada uno ha quedado situado discursivamente en la historia del psicoanálisis y por extensión en la cultura popular. Obviamente, una historia de este tipo sería un resumen altamente personal que sólo obtendría coherencia mediante una simplificación deliberada. Pero no estoy pensando en hacer otra historia de nuestra historia (ver Chodorow, 1989; Young-Bruehl, 1996; Dimen, 1997), sino más bien en deconstruir e historiar las categorías del género y la sexualidad con el objetivo de reflexionar acerca de sus modos de acción psíquica, y de considerar como funcionan entre sí, y como se contradicen (un proyecto concebido originalmente por Gayle Rubin, 1975, y posteriormente por Judith Butler, 1990, en ambos casos con implicaciones profundas).

En primer lugar, y con las debidas disculpas a las lectoras que “ya han estado aquí, ya han hecho esto”, empiezo con una lectura *foucauldiana* del estatus discursivo de la sexualidad en el pensamiento psicoanalítico.

FREUD Y FOUCAULT

En su introducción a una edición de 1975 de “*Los tres ensayos*”, Steven Marcus (1975), sin dejar ninguna hipérbole al azar, afirmaba que “en los últimos 70 años no se ha publicado nada que se parezca ni remotamente a “los Tres Ensayos” en cuanto a su poder explicativo, coherencia e integridad, no ha surgido ningún reto intelectual serio que haya durado, y los propios seguidores de Freud sólo han avanzado unos centímetros a partir de donde Freud los dejó” (pg. xli). Afortunadamente para aquellos de nosotros que no estábamos preparados para aceptar el final de la historia, tan sólo tres años después Foucault (1978) transformaría toda verdad en discurso, minando decisivamente el canon freudiano al lanzar un contradiscurso de oposición con la publicación de “*La Historia de la Sexualidad*”. Hoy en día ya no es posible leer la afirmación revolucionaria y monumentalmente imperfecta de Freud sobre el sexo fuera de la órbita de esta obra que cambió el paradigma, precisamente la obra que Marcus no vio en el horizonte.

Foucault (1978), historiando la aparición de la sexualidad en tanto que lugar de debate público, utilizó el libro de Marcus (1975), “*Los otros victorianos*”, en el que éste hacía un análisis del tórrido lado oculto de la cultura victoriana, para demostrar como las categorías sociomédicas, en realidad, *crean* los mismos fenómenos que tratan de explicar, en este caso la misma “sexualidad”. Foucault destrozó la ilusoria idea de que los victorianos hacían todo lo posible para eliminar el sexo. Mostró como la preocupación de éstos por la regulación y el control sexual hizo del sexo el objeto de lo que llamó “una verborrea inmensa”. “Más que censura masiva”, escribió, “había una incitación regulada y polimorfa al discurso” (citado en Davidson, 1987.pg. 258).

“Los tres ensayos” de Freud (1905) eran parte de este alud de pornografía médica, que paradójicamente contribuye a la incitación cultural a regular y autorregular la sexualidad. Como han demostrado repetidamente los académicos gays (ej. Domenici y Lesser, 1995), una vez que los esquemas de clasificación de Freud arraigaron, la homosexualidad, la heterosexualidad, la bisexualidad, y la perversión ya no se pudieron vivir como prácticas sexuales eventuales y anodinas. En vez de eso, el comportamiento sexual y el deseo se convirtieron en la base de unas categorías de identidad trenzadas ideológicamente que sexualizaban, separaban, clasificaban, y evaluaban a las personas en una jerarquía de normalidad y moralidad, términos que, como Dimen (1995) ha demostrado, están en sí mismos desesperanzadoramente enmarañados. Este sistema heteronormativo de objetivación ha producido un enorme daño y una gran confusión durante muchos años. La confusión y la culpabilidad de Freud son, de nuevo, omnipresentes en “*Los Tres Ensayos*”: la frase “la escala descendiente de la salud a la locura” es una yuxtaposición emblemática, que coexiste con la afirmación irónica, “lo más alto y lo más bajo están siempre de lo más cercano en la esfera de la sexualidad” (citado en May, 1995, pg. 161).

Aunque la homosexualización del psicoanálisis ha conseguido suprimir toda equivalencia directa entre prácticas sexuales y grados de consecución o de interrupción del desarrollo (ver Goldner y Corbett, 2002), la estructura profunda del proyecto psicoanalítico todavía privilegia a la sexualidad como la determinante fundamental del sujeto. Nosotros todavía nos dejamos llevar reflexivamente por esta corriente que interpreta la vida sexual como un parámetro en rayos X de la persona – como un reflejo de nuestros conflictos nucleares y de nuestras necesidades más profundas, así como de nuestra capacidad de relación y de soledad, de regresión creativa y de crueldad, y etcétera. Este acto de fe, aunque sutil y matizado, nos mantiene sujetos a los términos confesionales de Foucault (1978), en que el analista, como interlocutor experto, se embarca en la misión de penetrar y poseer la verdad

escondida del sujeto.

Robert Stoller (1979) por ejemplo, estableció los términos de su incisivo estudio sobre la excitación sexual con la idea de que “las personas tienen un escenario erótico paradigmático, la comprensión del cuál nos permite entender a la persona (como un todo)” pg. xi. Esta premisa analítica común se repite en el importante trabajo de Ethel Person (1980) que habla de la orientación sexual como “revelada”. Esta autora utiliza la metáfora de “huella sexual” (sexprint), que define como la “firma erótica” de un individuo, tan “permanente y única como su huella digital” (pg. 51). Aunque Person ha elaborado una crítica decisiva contra el axioma de que el comportamiento sexual es un barómetro del comportamiento psicológico –mostrando como esta idea parece funcionar para los hombres pero no para las mujeres- se queda atrapada en la metáfora de la “investigadora”. Person (1995) sugiere que analizando las fantasías ordinarias y las fantasías eróticas se puede demostrar que éstas son “la piedra de toque para descifrar un conflicto nuclear” (pg. 15). Money y Lamacz (1989), cautivados de manera parecida por la imagería arqueológica, nos trasladan más allá en el tiempo con la noción de “paleodigmo” sexual que se puede “descifrar”, en este caso en “siete grandes estrategias”. Todas estas metáforas dejan ver las huellas que deja una narrativa dominante encaminada a detectar y vigilar –descifrando códigos, clasificando huellas digitales, “revelando” la “verdad”- un proyecto que, como demostró Foucault (1978) cautiva eróticamente no sólo al sujeto, sino también al objeto de observación.

Es costumbre definir la distinción entre Freud y Foucault con la explicación de que, mientras que Freud consideraba la sexualidad como fundamentalmente antisocial y transgresora, Foucault argumentaba que se había convertido en el emblema de una nueva forma de subjetividad dócil: una forma producida por una matriz que abarca totalmente unas prácticas reguladoras que en último término incluían el psicoanálisis. Foucault consideraba que el psicoanálisis era el discurso confesional fundacional de nuestra sociedad terapéutica. La economía argumental del discurso confesional, pastoral o psicoanalítico que se presenta como oposicional –“No me hagas decir-Tú debes decir” es fundamentalmente condescendiente, hasta el punto que está inscrito en un circuito erótico de escrutinio y revelación.

En efecto, cuando el tema es el sexo, esta constelación erótica se hace inevitable debido a que el discurso sexual es inherentemente interpretativo, en el sentido que materializa lo que pretende describir. En la situación analítica, cuando el sexo nos llega mediante palabras habladas y el lenguaje corporal, incluso las conversaciones que pretenden contener los excesos y analizar la naturaleza activa del sexo están impregnadas de su calor. Por lo tanto, siempre existe el riesgo de tener que elegir forzosamente entre “hablar groseramente” o no hablar en absoluto. Hay que señalar que aunque cualquier otro tema y proceso en el canon analítico ha producido su filón de verdad que ilumina estas condiciones de influencia mutua y regulación social, todavía parece que nos tomemos el sexo literalmente. Verdaderamente, como un Santo Grial.

EL RAZONAMIENTO DEL DESARROLLO Y LA AUTORIDAD DEL PASADO DE LA INFANCIA.

Opino que el sexo conserva su posición única y privilegiada en el canon psicoanalítico debido a su asociación con el cuerpo de la infancia y por lo tanto con la voz del “tiempo profundo”. Quizás es el único aspecto en que estoy completamente de acuerdo con Freud: la sexualidad adulta está ligada a sus orígenes infantiles, nos dice su verdad nuclear desde

algún lugar muy lejano. Freud (1905) estableció esta premisa con la metáfora maravillosamente trabajada de la infancia como un “período primitivo que forma parte del curso de la vida del individuo” (pg. 173) porque “la amnesia infantil... transforma la infancia de cada uno en algo parecido a una época prehistórica... que esconde... el comienzo de nuestra propia vida sexual” (pg. 176)

Sea que privilegiemos la sexualidad o las relaciones de objeto como la fuente más esencial de la subjetividad, el psicoanálisis todavía permanece esclavo de su búsqueda de orígenes encarnados. Nuestra creencia en la adhesividad de las relaciones de objeto tempranas, la presunción que las experiencias corporales tempranas se convierten en paradigmas para todos los acontecimientos psicológicos subsiguientes, y el punto de vista que el despertar temprano del erotismo de la piel por parte de la madre pone en marcha las posibilidades y limitaciones de la vida erótica posterior, son principios esenciales para la autoidentidad psicoanalítica. En la medida en que se considera la sexualidad como la “voz del pasado” encarnada, el sexo conservará el aroma de la infancia y permanecerá encantado epistemológicamente –una forma especial de decir la verdad.

En este punto no hemos vacilado, a pesar de 20 años de escritos críticos sólidos que cuestionaban rigurosamente nuestra idealización axiomática de lo arcaico. El cuestionamiento escéptico de Spence (1982) del “dominio de la metáfora arqueológica”; las observaciones mordaces de Mitchell (1988) sobre los peligros del razonamiento del desarrollo y la metáfora del bebé; la deconstrucción magistral de Chodorow (1996) de la autoridad del pasado infantil; y el movimiento de Corbett (2001) desde el “por qué” etiológico hacia el “cómo” relacional son todos intentos memorables de dislocar este sesgo mental. Pero, a pesar del poder intelectual de estas críticas, parece como si tuviéramos que dejar en paz al sexo tanto por parte de las voces provenientes de nuestras filas como por las de los márgenes radicales. Y de hecho creo que dejamos en paz al sexo, no sólo porque la sexualidad implica a tantos de nuestros principios fundamentales, sino también porque nuestra visión moderna del sexo nos permite mantener un espacio autorizado para la creencia nostálgica en las condiciones de privacidad, de intimidad, y de una vida de familia intacta que han sido destrozadas por las circunstancias culturales contemporáneas. En la medida en que situamos a la sexualidad en la quietud sin tiempo de la guardería de posguerra de Winnicott o en los dramas de finales del XIX del baño y del lavabo freudianos, podemos mantener el sexo encerrado, contenido entre un reparto de papeles muy pequeño, es decir, definido como un régimen de dos, situado eróticamente alrededor de la exclusión de un tercero.

Este pequeño mundo personal en que localizamos nuestra prehistoria decisiva ha dejado de ser creíble o ni siquiera plausible, aunque es el modo cómo contamos la historia de los orígenes sexuales individuales, que mantenemos en un exilio permanente de las estructuras absorbentes de nuestra cultura sexualmente despiadada, saturada por los medios de comunicación⁶. De esta manera quedamos protegidos/as de los efectos psíquicos y sexuales de crecer en nuestras familias apollilladas, con su hilera de cuidadores/as, donde los padres y las madres se reinventan personal y sexualmente a sí mismos/as continuamente a medida que sus hijos/as producen identidades cibernéticas que dislocan el género, construyendo una vida sexual virtual que puede ser irrealizable en el tiempo, o en el espacio, o por los cuerpos tal como los conocemos. Poner de nuevo el cuerpo sexual detrás de la valla selecta de la fantasía doméstica puede dar seguridad, pero puede ser tan realista como aquellas familias del tipo “Papá lo sabe todo”, que todos/as deseábamos tener de las pantallas de la televisión de nuestra juventud.

EL SEXO EXPERIMENTADO: LA MULTIPLICIDAD Y EL SELF DISTRIBUIDO

Pero el sexo también se *presta* a la creación de grandes mitologías sobre sus orígenes y su acción. La metáfora del *drive* en el psicoanálisis, aunque está anticuada epistemológicamente, conserva su atractivo porque captura algo del límite fenomenológico de la subjetividad erótica: su convicción perentoria y su intensidad, la “Otridad” que transforma el *self* ordinario en sujeto erótico. La ironía y la reflexividad, los sellos de la postmodernidad, son aquí los enemigos evidentes. Lo erótico, que Stoller (1979) y otros (ver, por ej. McDougall, 1985 y Simon, 1996) han comparado con lo dramático, requiere, como cualquier obra de teatro, la suspensión de la incredulidad. Poner más luz, aunque sólo sea por un instante, rompe el hechizo. Es por esto que tenemos miedo de analizar el sexo que funciona, ya sea exaltado o vergonzoso.

Es más, el sexo explota la emoción del descubrimiento (una y otra vez) de que somos desconocidos para nosotros mismos. De hecho, la finalidad del sexo es el movimiento hacia lo desconocido. Impulsado por la dialéctica de lo familiar contrapuesto a lo exótico (siendo lo exótico una erotización de la tensión fundamental entre lo conocido y lo desconocido), el sexo nos permite “romper” al mismo tiempo que permanecemos. Lo que contribuye a la aventura no es sólo la otridad del/la otro/a, aunque también ayuda, sino la Otridad del *self*.

La excitación sexual intensifica esta experiencia pero no la crea. Más bien es un reflejo y una consecuencia de un aspecto fundamental de la autoorganización; proporciona confirmación vivencial de la visión relacional, postmoderna del *self* como múltiple, distribuido y descentrado⁷. En efecto, la circunstancia ordinaria de la multiplicidad psíquica y de la acción no traumática de la disociación cotidiana es la que crea las condiciones de autoalienación que alimentan la pasión sexual.

La subjetividad erótica no es sólo, ni primariamente, *intersubjetiva*, en el sentido completo de objeto “yo-tu”, sino que es siempre *intrasubjetiva* en el sentido de que la excitación sexual incluye un encuentro entre un Yo familiar subjetivo y un yo menos conocido, o en realidad múltiples “yoes”. Cada *self* erótico puede ser llamado por una fantasía incipiente provocada por una imagen, un contacto, una sensación interior de afecto, un recuerdo inconsciente, una palabra sucia, una experiencia de la experiencia del Otro. Estas entradas y sus subjetividades evocadas constituyen los comienzos de un guión erótico que incluye una multitud de partes del cuerpo, de objetos parciales, y de auto-objetalizaciones (una relación erótica entre un “Yo” y un “yo”) encontrándose con las partes correspondientes del/la amante. El sujeto sexual excitado –que ya es un *self* algo distinto del prosaico “yo” y ya está algo “en el papel” del objeto o sujeto de deseo, como poco dispuesto o insistente, con concordancia de género, con discordancia, o con alguna mezcla oposicional (sea la que sea la que emerja primero)- es el que se pone de acuerdo con el otro/a externo/a para la situación erótica.

Benjamin (1998b) sostiene la teoría de que la vulnerabilidad, el riesgo y la confianza implicados en la situación sexual intersubjetiva crean un contexto para su acción fantástica y deconstructiva. Esta autora muestra como los amantes pueden ponerse en sintonía cinéticamente a nivel intersubjetivo mientras que simultáneamente se giran hacia el interior para acceder al dominio intrapsíquico de la fantasía, manteniendo, por tanto, ligadas estas dos esferas –intersubjetiva y intrapsíquica–, incluso cuando los diversos estados desligados alcanzan su punto culminante (ver también Goldner, 2002^a).

A medida que se va desplegando la “mise-en-scene” y la multitud se concentra, la condición

resultante de pasión sexual supone y al mismo tiempo produce una intensificación de los estados del *self* cambiantes. Cada agrupación erótica de partes y de todos debe rendirse a la historia, debe entrar en escena con la convicción única de un actor. De lo contrario, todo desaparecería bajo el flujo corriente de la luz del día y de sus expectativas convencionales.

Pero mientras dependemos de la ficción del sexo para tener permiso para desenmarañar y para disociar, también dependemos de nuestro conocimiento implícito del sexo como ficción para salvar la distancia de sus incoherencias. En este sentido, no es que el sexo “revele” lo que es auténtico personalmente, sino más bien, que la apariencia de tales “revelaciones” depende de la cocreación de una experiencia de “autenticidad-entre-comillas” –una paradoja digna de la condición postmoderna.

EL GÉNERO IRÓNICO

Aunque hasta los dramas sexuales más corrientes dependen del despliegue creativo de la disociación, las representaciones de género normativas enmascaran su multiplicidad y discontinuidad bajo una apariencia de normalidad creada para la ocasión. Es más fácil pensar en la sexualidad en términos dinámicos y personales porque la mirada psicoanalítica ha estado siempre restringida a la habitación, y por ello para el proyecto analítico es esencial dominar el arte de leer la sexualidad a “contracorriente”. Es más, el sexo está definido culturalmente por su firma individual y está situado socialmente como un lugar de exceso y de incoherencia deliberada. De este modo, mientras que tener relaciones sexuales implica al tropo cultural de la transgresión, en cambio, consideramos al género como un aspecto esencial de nuestra presentación social diaria. Por esta razón las representaciones de género que se anuncian como creaciones personales nos perturban profundamente: demuestran que lo que damos por hecho en realidad es forjado, un estremecimiento erótico después de las horas de trabajo, pero, sin embargo, un estorbo molesto durante el día.

La mascarada del género normativo es que parece que sea genérico y sin mediación, como si fuera un aspecto de la personalidad irrelevante y periférico. Esta caída en el sentido común borra la visión seminal de Wilhelm Reich (1980) de que el carácter es corporal, que la historia viviente de las relaciones objetales sedimentadas está contenida en los músculos, la piel e (incluso) en los huesos. Como movimiento teórico, el carácter asumido de Reich nos permite prescindir de la perspectiva esencialista del género como “residente *en* el cuerpo”, al mismo tiempo que complica el punto de vista irónico del género como escrito *en* el cuerpo mediante el establecimiento de un punto de vista del género como “*contenido por* y mediante *todas las partes* del cuerpo”.

Una vez más, las metáforas teatrales surgen espontáneamente. Ya sea a través de una actuación según el Método (Harris, 1996) o de una representación “drag” (Butler, 1990) el actor (sujeto) “obtiene” el personaje a través del vocabulario gestual que se encuentra en el guión (cultural), otorgando así al género una interpretación meramente personal de un arquetipo cultural, una expresión corporalizada de la afirmación “*Esto es lo yo quiero decir por feminidad (masculinidad)*”⁸

Desde este punto de vista, el género está determinado culturalmente, pero sin embargo se crea individualmente. Es permeable y a la vez, corporalizado, simultáneamente inventivo y defensivo, y además tiene una estructura esencialmente relacional. Esta afirmación tan poco elaborada, y tan condensada teóricamente es la materialización de la teoría psicoanalítica del género, con raíces clínicas (un trabajo colectivo todavía en proceso de elaboración). El recorrido de este proyecto ha partido de los puntos de vista originales del feminismo

psicoanalítico, ha pasado por los cambios de paradigma de la teoría homosexual y el trabajo de deconstrucción, y, en estos momentos, el enfoque actual consiste en *reensamblar* el género de modo que no se *re-esencialice*. Pido disculpas, de nuevo, a los/las que ya conocéis esta historia o habéis sido parte de ella, y permitidme que empiece por el principio.

LA TEORÍA DEL GÉNERO MODERNA

Primero hubo el psicoanálisis clásico. Freud empezó con la así llamada diferencia anatómica, una distinción social que se fijó en los genitales. De esta base derivó, en lo que ahora se ve como una secuencia sospechosa, la denigración de la feminidad, el dominio normativo de la heterosexualidad y la división complementaria, dicotómica, del género en la polaridad masculino-femenina, que conllevaba las oposiciones psíquicas arbitrarias de actividad y pasividad. En este esquema del desarrollo, los genitales determinaban la sexualidad, que, a su vez, determinaba la identidad de género, que entonces construía la subjetividad psicológica.

Ahora, la duda ha desbaratado cada término de esta secuencia. Como mínimo, todos/as estaríamos inclinados/as a revertir la dirección de la acción, de tal manera que la subjetividad individual determinara la experiencia del género y la sexualidad de uno/a, así como el significado personal del cuerpo sexuado anatómicamente. Pero no vale la pena tomar esta reformulación porque privilegiar el significado personal y la metodología de su deconstrucción fue en sí misma, la contribución revolucionaria de Freud, la otra cara de su razonamiento científico, socialmente conformista.

Lo que *sí* vale la pena tomar en cuenta del replanteamiento feminista de la posición clásica es que criticaba y volvía a elaborar *ambas* versiones del canon Freudiano. El hecho de privilegiar la “diferencia anatómica” y de privilegiar la subjetividad fueron socavados simultáneamente por el punto de vista fundamental del feminismo de la segunda ola: el acto del cambio de paradigma de crear el género como una categoría analítica y un principio metafísico únicos. Desde esta perspectiva, el punto de partida era el trabajo regulador omnipresente de la cultura que insistía en dos sexos “opuestos” y mutuamente excluyentes, definido cada uno por lo que el otro no era. Por lo tanto, las feministas argumentaron, el género binario operaba con la fuerza de la verdad como un “a priori” invisible (de Lauretis, 1990).

El género era entonces abstraído del reino de lo personal, y ya no se entendía como una consecuencia de la mente o del cuerpo, ya que había sido concebido como un “ideal normativo socialmente instituido” (Butler, 1990) que *sexualizaba* el cuerpo y situaba al género en la mente según el principio hegemónico de la polaridad de género. Efectivamente, como finalmente demostró Butler, el género en realidad *creaba* la misma subjetividad puesto que “las personas sólo devienen inteligibles cuando se convierten en ‘personas con género’” (pg. 6).

Articular las implicaciones psíquicas del régimen que regula el género ha sido uno de los proyectos y de las realizaciones nucleares del feminismo psicoanalítico. El imperativo de género estaba ligado a un proceso social patógeno cuyos efectos psíquicos, aunque enmascarados por la normatividad, eran fundamental y básicamente catastróficos. Los primeros trabajos de Chodorow (1978) mostraban como los arreglos de parentesco asignados culturalmente producían y reproducían géneros que cojeaban de patología, como, por ejemplo, que la masculinidad estaba definida por la experiencia “yo no” de la diferencia (de la feminidad), mientras que la feminidad nunca podría eludir sus orígenes de igualdad de

una “parte de mi” con la madre (una mujer). El trabajo posterior de Benjamin (1988) sobre el género eliminó la lógica de la polaridad sujeto-objeto del binomio “masculinidad-feminidad” mostrando como ésta se mantenía en pie por la acción patógena de la escisión.

Yo (Goldner, 1991) he afirmado que la construcción psíquica del género requería la alienación de la subjetividad, de tal manera que, cualquier pensamiento, acto, impulso, humor, estado, rasgo, fantasía, objetivo, o objeto erótico, o cualquier forma de corporalidad que fuera culturalmente incongruente con la feminidad o la masculinidad normativas tendría que ser extinguida, rechazada, desplazada, disfrazada, proyectada o evacuada de cualquier otro modo. Concluí que la estructura o/o del paradigma de género, constituía una “situación patógena universal” que inducía a un sistema de falso-*self* traumáticamente sumiso que, en sí mismo, producía una multitud de síntomas e innumerables formas de sufrimiento no reconocidas como tales.

Los ejemplos incluyen la melancolía y la homofobia que atormentan a la misma condición de género, el trauma narcisista que constituye la feminidad como un sexo de segunda categoría, las patologías de género recíprocas de pseudo-anatomía quebradiza, la agresividad defensiva y la hipersexualización características de la masculinidad normativa, y la relacionalidad depresiva y la inhibición de la capacidad de actuar (“agency”) y del deseo que constituye la feminidad normativa⁹.

LA TEORÍA DEL GÉNERO POSTMODERNA

Pero finalmente el poder explicativo crítico de todo este discurso académico vibrante resultó ser insuficiente para dar cuenta de la complejidad del género. El giro postmoderno en los estudios de género atacó la base conceptual de la teoría feminista: la propia categoría de género, monolítica y transhistórica. Demostró que el género no es un principio atemporal de polaridad, desligado de sus condiciones de construcción, sino que está en sí mismo constituido y estabilizado por una red de oposiciones culturales e inter-implicadas. El sexo anatómico, el género y la sexualidad ya no se podían continuar construyendo como categorías separadas e independientes, para ser colocadas en una jerarquía teórica preferente u otra, debido a que ahora se entendían como opuestos que se refuerzan mutuamente, que se requieren e implican el uno al otro.

Por ejemplo, Butler (1990), trabajando a partir de la aportación temprana de Rubin (19975) mostró que el axioma “los opuestos se atraen” naturalizó la heterosexualidad al unirla con el género binario a través de la asunción de que el deseo heterosexual en realidad *surge de una polaridad determinada entre los sexos*. Butler explicó las implicaciones coactivas de este axioma cultural con la visión memorable que “aquellas identidades sexuales y de género que no se conforman a (estas) normas de inteligibilidad cultural aparecen sólo como fracasos del desarrollo o imposibilidades lógicas” (pg. 21)

A medida que el género empezó a desintegrarse gracias a las luces brillantes de la teoría postmoderna, cambió su centro de interés y pasó de teorizar el género a teorizar la “diferencia”. La acción psíquica del género fue concebida como análoga a la acción de otros binomios culturales, en particular la raza y el sexo. Cada una de estas (falsas) oposiciones fue considerada como una ejemplificación del proceso patógeno a través del cuál, variaciones inapreciables (en el tono de la piel, en la morfología corporal, o en la preferencia sexual) podían transformarse en polaridades simplistas (blanco-negro, hombre-mujer, gay-hetero) elevando a normativo el “nosotros” (los heterosexuales, blancos, hombres) por encima de un estigmatizado “ellos” (los homosexuales, negros, mujeres).

La historiadora Sander Gillman (1993) llegó a demostrar que estas oposiciones se codifican mutuamente en el inconsciente cultural. Gillman señaló que estas equivalencias hicieron posible que Freud proyectara la alteración personal que había experimentado como hombre judío en las categorías de feminidad y homosexualidad. Gillman demostró que, en la teoría freudiana de la mente, la masculinidad heterosexual representaba la figura racialmente cargada del hombre ario, mientras que la feminidad era arrojada al lugar designado de la castración con el propósito de borrar la presencia del judío circuncidado (y por tanto emasculado/homosexual) que ocupaba esta posición envilecida en el contexto antisemítico europeo de su época.

En esta deconstrucción brillante de Gillman, podemos ver como Freud manipuló estas oposiciones odiosas a su favor psíquico. La estrategia de Gillman muestra que no es suficiente esbozar cómo los dictados de género o la sexualidad son traumáticamente “absorbidos” por varios mecanismos de conformidad. También debemos ser capaces de articular cómo el sujeto se compromete con estas categorías, y de hecho les devuelve una respuesta. En otras palabras, y volviendo a nuestro ejemplo principal, no sólo el género actúa *sobre* nosotros (ej. “contra”) también en un tropo cultural disponible *para* nosotros, un tropo que en realidad puede ser desplegado por el sujeto al servicio de sus *propios* objetivos, incluida la subversión de los mismos imperativos de género.

Conceptualizar el género en tanto que “recurso simbólico” y no como un imperativo cultural inherente y dado es un giro postmoderno que nos lleva más allá de la perspectiva del género como un proceso lineal de una sola dirección, a través del cuál lo externo de alguna manera viaja desde “fuera a dentro”. Trabajando en tradiciones teóricas muy distintas, tanto Schafer (1968), que ha descrito la acción psíquica de la internalización, como Butler (1993), que ha explicado la “citación de la normatividad”, han aportado argumentos concluyentes contra cualquier noción de correspondencia uno-a-uno entre afuera y adentro. Las dos han mostrado como el sujeto metaboliza y reelabora el “afuera” en un acto de resignificación creativa, *sui generis*.

De hecho, como agentes, y no meramente en tanto que objetos de la mirada reguladora del género, nunca nos tragamos enteramente el género binario. Ninguna formación de género reproduce literalmente las categorías de género, puesto que cada una es una interpretación personal *de* una categoría de género. Como observó Clifford Geertz (1986) “Es el copiar que origina” (pg. 380). En este momento de la teoría, parece claro que este punto de vista debería estar sistemáticamente situado en la contra-narrativa (moderna) de género.

EL GÉNERO COMO FORMACIÓN DE COMPROMISO

Me llevó años formular esta percepción dialéctica de una manera tan sucinta, aunque de hecho ya estaba presente en mi trabajo anterior y está implícita en la tradición del feminismo psicoanalítico. Este retraso es debido, en parte, al hecho de que el feminismo y el psicoanálisis han sido escindidos, histórica e ideológicamente a cada lado del binomio “dentro-fuera”. Mientras que las feministas inicialmente, y por inclinación, estudiaban las maneras en que las fuerzas sociales y culturales (incluida la teoría) construyen a los sujetos que son el objeto de su mirada, el psicoanálisis se centraba en la mirada de procesos mediante los cuales los sujetos se inventan a sí mismos a pesar de todo.

Pero ahora resulta obvio concebir el género ambivalentemente, tanto como el lugar de una herida, como un idioma creativo y potencialmente desafiante del *self*. Esta perspectiva concuerda con la teorización psicoanalítica de la sexualidad en la que se ve lo erótico como

forjado a la sombra de lo traumático. Desde las pérdidas traumáticas descritas en la historia freudiana del pasaje edípico, pasando por escritores tan diversos como Laplanche (1989) y Stoller (1979) y más recientemente Stein (1998^a, b) Benjamín (1998b) y Davies (1998, 2001), la sexualidad ha sido teorizada considerando que nace bajo condiciones de peligro relativo, como por ejemplo el “exceso” que experimenta el niño/niña.

Ahora podríamos concebir el género según términos parecidos. Surgiendo de las corrientes cruzadas de las políticas familiares, que son inevitablemente deformadas por los requerimientos del género binario, el género de un individuo se podría entender como la corporalización de algún tipo de pérdida traumática del *self* y del otro, y también como algún tipo de solución a esta pérdida¹⁰. Así pues, el género se apoyaría por igual en ambos términos, “trauma” y “solución”.

En mis primeros trabajos sobre la construcción relacional del género (Goldner, 1991), que estaba acriticamente situado entre las costuras de las tradiciones moderna y postmoderna, me centré en la acción traumática del género. Afirmé que “el género requiere la activación de las operaciones de escisión y de falso-*self* debido a que adecuarse a... los términos imposibles del [género binario] está ligado a sostener las relaciones de objeto primarias del niño/a” (pg. 85). Ocho años de teoría más tarde, Harris (1999) hizo casualmente la misma observación acerca del contexto relacional del género, pero sacó precisamente la conclusión contraria: “con el objetivo de mantener un mundo de objetos internos vivo (y originalmente una escena externa viva y vital), el género puede ser la solución brillante” (pg. 4).

Una actualización relacional de la interpretación clásica de la “formación de compromiso” podría contener la tensión de esta contradicción. El género estaría construido como una identidad social fija y un estado psíquico fluido, constituido en la tensión entre la objetalización (de cualquier manera como sea definida en un contexto cultural y de familia particular) y la capacidad de actuación (el proyecto continuo de autocreación individual de un sujeto)¹¹.

Esta perspectiva está implícita en la tradición del feminismo psicoanalítico. Por ejemplo, aunque la “feminidad” pueda estar *constituida* como una condición de abyección, es decir como el lugar de lo que lo masculino repudia, las feministas han mostrado que no es *sólo* un estado de abyección; las mujeres que habitan esta categoría son agentes con intenciones, no únicamente contenedoras de los detritus masculinos. La indignación feminista, aumentada gracias a este punto de vista psicoanalítico, ha proporcionado históricamente una contranarrativa mediante la que leer tanto el cuadro sintomático de la feminidad, como, más radicalmente, la condición de la misma feminidad (Harris, 1991). De aquí ha surgido un canon paralelo feminista sobre la anorexia, la histeria, la subyugación romántica y sexual, e incluso sobre el trastorno borderline de la personalidad. Esta línea de pensamiento sostiene que tales condiciones son críticas encarnadas y estrategias de supervivencia, y no meramente estados de enfermedad y derrota.

Empezando con el trabajo prefeminista de Joan Rivière (1929) sobre la “feminidad como mascarada”, la misma feminidad normativa también ha sido reinterpretada como una estrategia subversiva. Definida como un medio de desviar la ambición y la competitividad, la hiperfeminidad de Rivière era un tipo de “masculinidad en *drag*”. Mucho más tarde, las académicas feministas de Lauretis (1990) y Dimen (1999) elaboraron independientemente la elegante condensación de que la feminidad era el estado de ser un “sujeto-como-objeto”, una evocación perfecta de la noción de género como solución traumática. Esta estrategia contradictoria culminó con la explicación postmoderna de la “melancolía de género” (Butler, 1990) en que se puso de manifiesto que la feminidad normativa (masculinidad) se

aprovechaba de la corporalización de un deseo homoerótico por la madre (padre) por el que no se ha hecho el duelo. En el esquema de Butler, el género deviene erotizado e ironizado instantáneamente en la medida que imaginamos cada gesto activado, cada reiteración de la masculinidad o feminidad, en la ropa de calle, y entre las sábanas, como una puesta en acto de un anhelo homoerótico prohibido que sabe a los placeres implícitos de lo que ha sido suprimido – un exhibicionismo que no sólo esconde su motivación inconsciente, sino que también se esconde *a sí mismo*.

Cada uno de estos despliegues de la normatividad de género constituye tanto una resistencia como una sumisión a la condición patógena del género. La melancolía de género codifica y compone el trauma inconsciente de la pérdida por la que no se ha hecho el duelo, ya que el reconocimiento por parte de uno/a del amor homoerótico debe ser negado, expulsado y odiado como “otro”. Todo lo que permanece del lazo erótico sentimental con el padre del mismo sexo es la normatividad de género de uno/a. En la mascarada, el *self* poderoso que está prohibido dentro de los contornos de la feminidad es traicionado mediante una sumisión erotizada al poder del hombre; y en la postura del “sujeto-como-objeto” se sacrifican la privacidad mental y la interioridad en el acto de construir el *self* como un objeto de la mirada del hombre.

Pero estas auto-traiciones también sirven para proteger al *self* vulnerable de los peligros omnipresentes de la homofobia y la misoginia. Bajo la guisa de la conformidad de género, proporcionan los medios de poner en escena todo aquello que el género binario prohíbe. Por lo tanto están protegidas y gratificadas en el contexto de peligro traumático.

EL GÉNERO PERSONAL

Como todas las explicaciones esquemáticas, estos ejemplos universalizan un único escenario con una tesis que lo abarca todo. De hecho, las exigencias patógenas del género binario no nos dicen nada acerca de su acción en cualquier mente particular, incluido cómo lo binario actúa contra sí mismo para expandir las posibilidades que el género normativo rechaza. Como ha demostrado Harris (2000), la teoría psicoanalítica del género no puede presuponer lo que está declarado y lo que no lo está, lo que ha hecho el duelo y lo que no lo ha hecho, o cómo están entrelazados el deseo y la identificación en la creación personal del género en la vida de cualquier individuo. El trabajo de Chodorow (1999) sobre el “género personal”, así como las contribuciones de Layton (1998) y Harris (2000), han mostrado como cada uno/a crea una versión del género únicamente personal, modulado dinámicamente, relacionamente inteligente y ensamblado a partir de los tropos de género que cada cultura y periodo histórico dejan disponibles.

Las identidades de género cruzadas y los estados del *self*, que se autoproclaman contraformaciones, hacen que la creación personal del género sea más fácil de ver. Coates (1990) Harris (2000), y Corbett (1996) han mostrado todos cómo estas construcciones psíquicas únicas son también intentos creativos de confundir la operación de la normatividad mientras protegen al *self*.

Por ejemplo, del mismo modo en que el hecho arbitrario del sexo anatómico de un niño/a puede incitar a un padre a violar sexualmente una niña o a abandonar un niño, la emergencia de un estado del *self* de género incongruente puede proporcionar un escudo mágico contra los efectos de unos traumas de este tipo. Si el género nominal de una chica como mujer se experimenta como el “yo-*self*” que sufrió el trauma de la violación, puede que

emerja un *self* de chico para permitirle continuar funcionando (Harris, 2000) de la misma manera que la actuación de feminidad de un chico se puede entender como una estrategia desesperadamente innovadora para mantener en el interior a una madre que abandona psíquicamente (Coattes, 1990). El silencio depresivo de la feminidad puede ser rechazado mediante una identidad de “muchachota” (Harris, 2000), y también la manera agresiva de jugar de la masculinidad normativa se puede rechazar con una sensibilidad de “chica” (Corbett, 1996), etcétera.

De hecho, todas las falsas verdades del género proporcionan un medio mediante el cual se pueden articular los aspectos no formulados del *self*. Las creencias de sentido común que escinden los atributos de género en hombre o mujer nos permiten utilizar el género para hacer una reclamación sobre aquellas dimensiones del *self* que no se pudieron encontrar, apropiar o elaborar de ninguna otra manera.

Por lo tanto, las identidades de género congruentes e incongruentes y los estados del *self* se pueden ver como elementos que crean barreras, que hacen conexiones, que sexualizan o desexualizan relaciones, que disfrazan intenciones, que protegen de afectos depresivos o agresivos, y así sucesivamente. En este sentido el género es claramente un *deus-ex-machina* versátil que resuelve los dilemas del vínculo y que satisface las demandas de la expresión del *self* y la auto-protección.

CÓMO OPERA EL GÉNERO

Evidentemente estos estados son ficciones. Ninguno de los atributos del género es inherente al género; y, como argumenta Layton (1998, 2002), en el proceso de dar género a una capacidad humana, obtenemos más de lo que habíamos pedido. Por ejemplo, si la capacidad para la acción se codifica como masculina, estará plagada de la escisión defensiva de la dependencia. Los significados múltiples del género son finalmente conveniencias normativas cuyo despliegue reinscribe las mismas polaridades que han sido tan dañinas. Finalmente las formaciones de género tienen “tanto” éxito como formaciones de compromiso porque *se apoyan en las paradojas inherentes de las mismas categorías de género*, paradojas que, como hemos visto simultáneamente potencian y excluyen.

Queda claro que deberíamos ser críticamente ambivalentes sobre el uso del género en la construcción de la intimidad y del *self*. Pero, cuando volvamos a hablar del género, debemos ser cuidadosos en no reinscribir las mismas concreciones que pretendemos criticar. El género es una forma de elaboración simbólica, que confiere significado a los cuerpos, a los actos y a las relaciones. Ya que el mapa es el territorio, el objetivo no puede ser dejar el mundo limpio de significados de género.

El tema, por lo tanto, no es el género *per se*, sino cuan rígida y concretamente se utiliza en una mente individual o en un contexto familiar y qué trabajo psíquico e intersubjetivo despliega. En palabras de Odgen, y también de Sweetnam (1996) y Aron (1995), la cuestión es la medida en que el sujeto se experimenta a sí mismo como confirmando significado al género, o si el género es un “significado que tiene lugar en él/ella”.

La capacidad de hacer esta distinción crítica ha sido conceptualizada por Bassin (1996) y Benjamin (1995) como uno de los logros principales del desarrollo. En afirmaciones íntimamente relacionadas, demuestran como, en el curso del desarrollo, la capacidad de simbolizar hace posible volver a trabajar las viejas oposiciones edípicas en términos personalmente simbólicos. Las oposiciones edípicas pueden llegar a ser posiciones dialécticamente fluidas, disponibles para el uso psíquico mas que estados mentales

concretos bifurcados por el género.

Pero, en la misma medida que el género es un fenómeno que “está en todas partes y en ninguna”, no podemos ver nosotros mismos a través suyo sin importar cuán evolucionada esté nuestra capacidad de simbolización. En algunas familias o culturas donde el género todavía esté todavía asumido como un hecho de la naturaleza, sería imposible tomar una meta-posición hacia él. La ironía de género requiere la apariencia cultural de las contradicciones y las críticas que crean lo que Bateson (1972) llamó “noticias de una diferencia”, que minan la naturalización de la conformidad de género y normatividad.

CERRANDO EL CÍRCULO

El género y la sexualidad son categorías fundacionales de la mente y la cultura. Devienen visibles como imperativos normativos y como recursos simbólicos sólo a través del trabajo de deconstrucción política, psicoanalítica, académica. Este ensayo pretende contribuir a ese proyecto.

Referencias

- Althusser, L. (1971). *Lenin and Philosophy and Other Essays*. London: New Left Books.
- Aron, L. (1995). The internalized primal scene. En: *Gender in Psychoanalytic Space*, ed. M. Dimen & V. Goldner. New York: Other Press, 2002, pgs. 119-149.
- Bassin, D. (1996). Beyond the he and the she. En: *Gender in Psychoanalytic Space*, ed. M. Dimen & V. Goldner. New York: Other Press, 2002, pgs. 149-181.
- Bateson, G. (1972). *Steps to an Ecology of Mind*. New York: Ballantine Books.
- Benjamin, J. (1988). *The Bonds of Love*. New York: Pantheon.
- Benjamin, J. (1995). Sameness and difference. An Overinclusive View of Gender Constitution. En: *Gender in Psychoanalytic Space*, ed. M. Dimen & V. Goldner. New York: Other Press, 2002, pgs. 181-207.
- Benjamin, J. (1998a). *The Shadow of the Other*. New York: Routledge.
- Benjamin, J. (1998b). How was it for you? How intersubjective is sex? Presentado en la reunión de la División 39, *American Psychological Association*, Boston, MA. Abril.
- Bersani, L. (1986). *The Freudian Body*. New York: Columbia University Press.
- Bourdieu, P. & Eagleton, T. (1992). Doxa and common life. *New Left Rev.*, 191:111-121.
- Bromberg, P. (1998). *Standing in the Spaces: Essays on Clinical Process, Trauma, and Dissociation*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Butler, J. (1990). *Gender Trouble: Feminism and The Subversion of Identity*. New York: Routledge.
- Butler, J. (1991). Melancholy gender-refused identification. En: *Gender in Psychoanalytic Space*, ed. M. Dimen & V. Goldner. New York: Other Press, 2002, pg. 3-21.
- Butler, J. (1993). *Bodies That Matter*. New York: Routledge.
- Chodorow, N. (1978). *The Reproduction of Mothering*. Berkeley: University of California Press.
- Chodorow, N. (1989). *Feminism and Psychoanalytic Theory*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Chodorow, N. (1994). *Femininities, Masculinities, Sexualities*. Lexington: University Press of Kentucky.
- Chodorow, N. (1996). Reflections on the authority of the past in psychoanalytic thinking. *Psychoanal. Quart.*, 65:32-51.
- Chodorow, N. (2002). Gender as a personal and cultural social construction. En: *Gender in Psychoanalytic Space*, ed. M. Dimen & V. Goldner. New York: Other Press, 2002, pg. 237-263.
- Coates, S. (1990). Ontogenesis of boyhood gender identity disorder. *J. Amer. Acad. Psychoanal.*, 18:414-438.
- Corbett, K. (1996). Homosexual boyhood: Notes on girlyboys. *Gender & Psychonal.*, 1:429-463.
- Corbett, K. (2001). More life: Centrality and marginality in human development. *Psychoanal. Dial.*, 11:313-335.

- Davidson, A. (1987). How to do the history of psychoanalysis: A reading of Freud's "Three Essays on the Theory of Sexuality". En: *The Trial of Psychoanalysis*, ed. F. Meltzer, Chicago: University of Chicago Press, pg. 39-64
- Davies, J. (1998). Between the disclosure and foreclosure of erotic transference-countertransference. *Psychoanal. Dial.*, 6: 746-766.
- Davies, J. (2001). Erotic overstimulation and sexual meaning. *Psychonal. Quart.*, 70: 757-789.
- Davies, J. & Frawley, M. G. (1994). *Treating an Adult Survivor of Childhood Sexual Abuse*. New York: Basic Books.
- de Lauretis, T. (1990). Eccentric Subjects: Feminist Theory and historical consciousness. *Feminist Studies*, 16: 115-150.
- Dimen, M. (1991). Deconstructing difference: Gender, splitting and transitional space. En: *Gender in Psychoanalytic Space*, ed. M. Dimen & V. Goldner. New York: Other Press, 2002, pg. 41-43.
- Dimen, M. (1995). On "our nature": Prolegomenon to a relational theory of sexuality. En: *Disorienting Sexuality: Psychoanalytic Reappraisals of Sexual Identities*, ed. T. Dominici & R. Lessen. New York: Routledge, pg.129-153.
- Dimen, M. (1997). The engagement between psychoanalysis and feminism: A report from the front. *Contemp. Psychoanal.*, 33: 527-548.
- Dimen, M. (1999). Between lust and libido: Sex, psychoanalysis and the moment before. *Psychoanal. Dial.* 9: 415-440.
- Dimen, M. & Goldner, V. (2002). Introduction. En: *Gender in Psychoanalytic Space*, ed. M. Dimen & V. Goldner. New York: Other Press, 2002, pg. XV-XX.
- Dinnerstein, D. (1976). *The Mermaid and the Minotaur*. New York: HarperCollins.
- Dominici, T. & Lesser, R. eds. (1995). *Disorienting Sexuality : Psychoanalytic Reappraisals of Sexual Identities*. New York: Roulledge, pg. 129-153.
- Elise, D. (2000). Women and desire: Why women may not want to want. *Studies Gender & Sexual.*, 1:125-147.
- Fairfield, S. (2002). Analysing multiplicity. En: *Bringing the plague: Toward a Postmodern Psychoanalysis*, ed. S. Fairfield, L. Layton & C. Stack, New York: Other Press, pg. 69-103.
- Foucault, M. (1978). *The History of Sexuality, Vol I*. New York: Vintage.
- Freud, S. (1905). Three essays on the theory of Sexuality, *Standard Edition*, 7: 125-243. London: Hogarth Press, 1953.
- Freud, S. (1925). Some psychical consequences of the anatomical distinction between the sexes, *Standard Edition*, 19: 248-258. London: Hogarth Press, 1961.
- Freud, S. (1940). An outline of psycho-analysis. *Standard Edition*, 23: 144-207. London: Hogarth Press, 1964.
- Geertz, C. (1986). Making experiences, authoring selves, En: *The anthropology of Experience*, ed. V. Turner & E. Brumer. Champaign: University of Illinois Press, pg. 373-381.
- Gerson, S. (1996). A shared body of language. *Gender & Psychoanal.*, 1: 345-359.
- Gilman, S. (1993). *Freud, Race and Gender*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Goldner, V. (1991). Relational Psychoanalysis and the postmodern turn. En: *Bringing the Plague: Toward a Postmodern Psychoanalysis*, ed. S. Fairfield, L. Layton & C. Stack. New York: Other Press, pgs 157-165.
- Goldner, V. (2002a). Attachment and Eros: Opposed or Enthralled?. Presentada en "The First International Conference of the International Association for Relational Psychoanalysis and Psychotherapy, New York, January.
- Goldner, V. (2002b). Toward a critical relational theory of gender. En: *Gender in Psychoanalytic Space*, ed. M. Dimen & V. Goldner. New York: Other Press, pgs. 63-91.
- Goldner, V. & Harris, A. (1991). Gender as Contradiction. En: *Gender in Psychoanalytic Space*, ed. M. Dimen & V. Goldner. New York: Other Press, 2002, pg. 91-119.
- Goldner, V. (1996). The conceptual power of multiplicity. *Contemporary Psychoanalysis*, 32: 537-552.
- Goldner, V. (1999). Tomboys' Stories. Presented to Postdoctoral Program in Psychotherapy and Psychoanalysis, New York University, March.
- Goldner, V. (2000). Gender as a soft assembly. *Studies Gender & Sexuality*,1:233-251.
- Laplanche, J. (1989). *New Foundations for Psychoanalysis*. London: Blackwell.

- Layton, L. (2002). Cultural hierarchies, splitting, hetosexist unconscious. En: *Bringing the Plague: Toward a Postmodern Psychoanalysis*, ed. S. Fairfield, L. Layton & C. Stack. New York: Other Press, pg. 195-225.
- Layton, L. (1998). *Who's That Girl? Who's That Boy?*, Northvale, NJ: Aronson.
- Lewes, K. (1988). *The Psychoanalytic Theory of Male Sexuality*. New York: Simon & Schuster.
- Marcus, S. (1975). Introduction. En: *Three Essays on the Theory of Sexuality*, by S. Freud. New York: Basic Books.
- Marcus, S. (1975). *The Other Victorians*, New York: Norton.
- May, R. (1995). Re-reading Freud on homosexuality. En: *Disorienting Sexualities*. ed. R. Lesser & T. Domenici, New York: Routledge, pg. 153-166.
- McDougall, J. (1986). *Theatres of the Mind*. New York: Basic Books.
- Mitchell, S. A. (1988). *Relational Concepts in Psychoanalysis*. Cambridge, MA: Harvard University Press. (Hay traducción en castellano, en Siglo Veintiuno Eds.)
- Money, J. & Lamacz, M. (1989). *Vandalized Lovemaps*. Buffalo, NY: Prometheus.
- Person, E. S. (1980). Sexuality as the mainstay of identity. En: *The Sexual Century*. Ed. E. Person. London: Yale University Press. Pgs. 31-54
- Person, E. S. (1995). *By Force of Fantasy*, New York: Basic Books.
- Pizer, S. (1996). The distributed self, *Contemp. Psychoanal.*, 32: 499-507.
- Reich, W. *Character Analysis*, New York: Noonday Press.
- Riviere, J. (1929). Womanliness as masquerade. *Internat. J. Psycho-Anal.*, 13: 109-133.
- Rubin, G. (1975). The traffic in women: Notes in the "political economy" of sex. En: *Toward an Anthropology of Women*, ed. R. Reiter. New York: Monthly Review Press, pg. 157-211.
- Schafer, R. (1968). *Aspects of Internalization*. Madison, CT: International Universities Press.
- Schore, A. (1994). *Affect Regulation and the Origin of the Self*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- Simon, W. (1996). *Postmodern Sexualities*, London: Routledge.
- Spence, D. (1982). *Narrative Truth, Historical Truth*, New York: Norton.
- Stein, R. (1998a). The poignant, the excessive and the enigmatic in sexuality. *Internat. J. Psycho-Anal.*, 79: 253-267.
- Stein, R. (1998b). The enigmatic dimension of sexual experience. *Psychoanal. Quart.*, 67: 594-626.
- Stoller, R. (1979). *Sexual Excitement*, New York: Pantheon.
- Sweetnam, A. (1996). The changing contexts of gender: Between fixed and fluid experience. *Psychoanal. Dial.*, 6:437-459.
- Young-Bruehl, E. (1996). Gender and psychoanalysis. *Gender & Psychoanal.*, 1:7-18.

Notas

¹ Traducción castellana de Concepció Garriga. Publicado originalmente como: Goldner, V. (2003). Ironic Gender/Authentic Sex. *Studies in Gender and Sexuality*, 4:113-139. Traducido y publicado con autorización de la autora y los propietarios del copyright.

² Virginia Goldner, es Profesora de Psicología Clínica, en el Programa Postdoctoral de Psicoterapia y Psicoanálisis del Instituto Derner de Estudios Psicológicos Avanzados, Universidad de Adelphi, y Editora Fundadora de *Studies in Gender and Sexuality*. Dirección de Contacto: 102 East 22nd Street New York, NY, 10010. vgoldner@aol.com

³ N. de T.: Traduzco "Queer theory" por teoría homosexual, a falta de un término que traduzca "queer" con más propiedad.

⁴ La excepción es la paradoja de las identidades transexuadas, que critican y reinscriben simultáneamente las polaridades tradicionales de género.

⁵ Puede que la testosterona y los estrógenos diferencien la corriente sanguínea fetal de los hombres y de las mujeres, pero somos nosotros los que convertimos estas diferencias hormonales en una polaridad singular de contraidentidades.

⁶ El trabajo sobre la sexualidad de Stein (1998 a, b) y de Benjamin (1998b) critica y trasciende la hegemonía de este paradigma edípico. Benjamin, por ejemplo, muestra como los problemas de la sexualidad edípica –o/o, tener/no tener, amar/gustar– están tejidos mediante formas post-edípicas. Pero este trabajo tan importante

todavía considera la vida familiar doméstica como la fuente de pasión y conflicto atemporal de la sexualidad. Davies (2001) ha empezado a cuestionar el hecho de dar privilegio a la infancia en la historia del desarrollo de la sexualidad y a considerar los efectos omnipresentes de la cultura de masas en relación a cómo se vive y se forma la sexualidad. Ver también a Chodorow (1994).

⁷ Ver Bromberg (1998), Davies y Frawley (1994), Harris (1996), Pizer (1996) y Fairfield (2002) entre muchos otros. Esta visión está también apoyada por la ciencia del cerebro (ver especialmente Schore, 1994)

N. de la T: En inglés los pronombres “I” y “me” se usan para designar al yo, siendo “I” yo sujeto y “me” yo objeto. Los voy a traducir por Yo y yo respectivamente.

⁸ Ver también Goldner (2002b) y Layton (1998, 2002) para una afirmación y una argumentación relacionadas con este punto. El concepto de Althusser (1971) de “interpelación” que sirve de base a mi argumento presente, sigue siendo un principio central de las teorías postmodernas de como nos convertimos en sujetos con raza, son sexo y con género.

N de la T: Traduzco “gendered” por “personas con género” porque la invención “generadas” no se entendería.

⁹ Estos contrastes de género fueron teorizados inicialmente por Dinnerstein (1976), Chodorow (1978) y Benjamin (1988) y todavía continúan inspirando a una parte importante del trabajo nuevo. Ver Corbett (2001), Elise (2000), y Layton (1998, 2002)

¹⁰ Esto no se proclama como un *uber*-paradigma, sino como un aspecto de la dimensionalidad versátil del género. Ver Chodorow (1999) y Harris (2001) para una ejemplificación de la multiplicidad de género.

¹¹ Para otras referencias al género y a la sexualidad como formaciones de compromiso ver Harris, (2001), Gerson (1992), Chodorow (1994), y Lewes (1988).